

su alma, pasar á predicar á las Indias, y alcanzada esta gracia, navegó con feliz viaje á la provincia de Filipinas, adonde entró el año de 1641.

Ofrecióse luego á predicar á los gentiles, y visto su grande fervor, le enviaron los superiores á la isla de Mindanao, que es la más lata, y poblada, y de más copiosa miés, y tambien la más trabajosa, por ocuparla diversas sectas y naciones y gran muchedumbre de moros, que hacen su conversion difícil.

En esta gloriosa mision trabajó el siervo de Dios, predicando, enseñando, convirtiendo muchos infieles y agregándolos á la Iglesia por medio del bautismo, confirmando á los ya bautizados en la fe que habian recibido, y reduciendo á otros, que con la mala comunicacion de los idólatras y moros habian retrocedido, y apartándose del gremio de la Iglesia.

Procedió con tal edificacion y ejemplo de vida, que comunmente le llamaban el santo Padre, porque todas sus obras y palabras eran de un varon santo, y por tal le veneraban hasta los mismos gentiles.

Dos cosas pedia siempre entre otras á nuestro Señor en la Misa. La primera, que todas sus obras fuesen para gloria suya: la segunda, que le diese gracia para dar su vida por su amor con glorioso martirio: ambas se las concedió su divina Majestad, como se vió por el efecto; pues todas las obras ofrecia á su servicio, sin tener otro blanco ni otro intento en ellas más que la honra y gloria de Dios, olvidado de sí mismo, y ademas murió en lo mejor de su edad á manos de los infieles, en odio de nuestra santa fe y de la doctrina que les predicaba, lo cual sucedió de esta manera:

Habia un indio principal y poderoso en la isla, el cual, despues de bautizado, habia apostatado de la fe y vuéltose á su mala secta como animal inmundo, y, con su mal ejemplo y el poder que tenia, era de grande impedimento, así para la conversion de los infieles, como para la reduccion de los apóstatas que le habian seguido.

El Padre con su santo celo puso el último esfuerzo en ganar y reducir á este á nuestra fe, juzgando que con él traeríamos otros muchos; y habiendo intentado varios medios sin fruto, por su grande obstinacion, le pidió que se viesen en su casa, adonde le esperaria á tiempo señalado.

El apóstata ofendido de los medios que el Padre habia intentado para su bien, respondió fingidamente que vendria, y luego convocó otros idólatras amigos y camaradas suyos, con los cuales tramó la traicion que ejecutó en el manso cordero, persuadiéndoles que le quitasen la vida como á su mayor enemigo, destruidor de sus dioses, de sus borracheras y lascivias.

Vinieron todos armados, y él delante, como otro Judas contra Cristo. Cuando los vió venir el santo Padre conoció la traicion, y ofreciendo á Dios su

vida en sacrificio, se hincó de rodillas, y, tomando su rosario en las manos, invocó el favor divino, con la diligencia que daba lugar la ocasion: y llegando el malvado apóstata, no le dió paz como Judas á Cristo en la mejilla, sino una estocada con un cuchillo, que le abrió hasta la garganta: al mismo tiempo le pasó el cuerpo otro por las espaldas con una lanza, con que cayó en el suelo, invocando los santísimos nombres de Jesus y de María, y sin dejarle más tiempo le dieron otras lanzadas, con que alcanzó la corona deseada del martirio.

Los crueles idólatras, mostrando el odio que les movia contra la fe de Cristo, tomaron un Crucifijo que el Padre tenia, y le ataron á una columna, adonde, diciéndole muchos oprobios y baldones, le escupieron y dieron muchos palos y golpes, hasta hacerle pedazos.

Luego tomaron las vestiduras sacerdotales y las dividieron entre sí, como los verdugos de Cristo sus vestiduras. El cáliz llevaron para sus borracheras, y la patena para plato ó escudilla: por el mismo tenor profanaron el altar y las imágenes, cerrando con estas acciones la puerta á toda duda de que le habian muerto por el odio que tenian á la fe de Cristo que les predicaba.

Los cristianos, sabida su santa muerte, vinieron por su cuerpo, y le sepultaron en una caja con mucha honra, venerándole como á mártir de Cristo; y en Manila se celebró con universal fiesta de todos su martirio, el cual fué á 29 de enero de 1648, á los cuarenta y nueve de su edad y once de Compañía.

Escribe su vida y martirio el P. Juan Nadaso en las *Adiciones al martirologio* del P. Alegambe, sacadas del P. Antonio Basilio y de las relaciones de Filipinas.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CAMPO

NACIÓ el dichoso P. Juan del Campo en Villanueva de la Vera, cerca de Jarandilla, del condado de Nieva y marquesado de la Mota, diócesis de Plasencia, y fué bautizado en la dicha villa á ocho dias del mes de marzo de 1620 años. Y aunque el mismo Padre se nombraba por natural de Jarandilla, no era por haber nacido allí, sino por haberse criado en aquel lugar

desde su niñez, en la tutela de un tío suyo, Cura de Jarandillo y Comisario del Santo Oficio; como S. Nicolás se nombra de Tolentino, por haber vivido muchos años continuadamente en la ciudad de Tolentino, aunque no nació en ella.

Su padre fué Juan del Campo, familiar del Santo Oficio de Llerena, y su madre Isabel Hernandez, ambos personas muy honradas y ricas, de lo más lustroso de Villanueva y tan venturosos, que han alcanzado en sus días ver á su hijo reverenciado por mártir de Cristo, pues que están vivos en su tierra á la sazón, y tiempo que se escribe esta vida, para edificación de todos, honra de la Iglesia Católica y gloria de nuestra Compañía.

La santa educación y buena enseñanza que tuvo en su tío, se le lució todos los días de su vida; porque, como dice S. Jerónimo y enseña el Espíritu Santo, las buenas costumbres que se aprenden en la niñez perseveran toda la vida, así como conserva la color el paño que se tiñe en grana, y el vaso las calidades del primer licor que recibe.

Fué siempre modesto y compuesto, bien inclinado y devoto, muy obediente y sujeto á sus padres y á su tío, el cual, reconociendo en él vivo ingenio y buena calidad para las letras, le enseñó desde niño, industriándole en ellas; y para que las aprendiese mejor, le envió á la villa de Oropesa, para que cursase en los estudios que tiene allí la Compañía que, sin injuria de alguno, han sido de los más ilustres y fructuosos que hay en nuestra España, de donde han salido varones de los más consumados en letras y sabiduría, así maestros como discípulos, que ha conocido nuestro siglo.

En este insigne seminario estudió nuestro glorioso mártir latinidad y Artes, con grande aprovechamiento, conservando siempre las santas costumbres en que le había criado su buen tío, y esmerándose cada día más en el aumento de las virtudes: y como le miraban tan devoto y recogido, corrió voz de que trataba de entrar en la Compañía, sin más fundamento que verle virtuoso y retirado de vicios, que para semejantes juicios há menester poco el vulgo.

Llegó la voz á su tierra, y sintieronlo sus padres, que le amaban como á hijo, y no ménos su tío, que le daba estudio y deseaba darle el curato que tenia, para que fuese alivio y consuelo de sus padres en la vejez; y con el temor que concibió de malograr este intento, envió luego por él á Oropesa, cuando acabó de oír la Lógica, y no le permitió volver más á los estudios de la Compañía; mas, porque los continuase y saliese aventajado estudiante, le envió á Salamanca con otro primo suyo que estudiaba Teología.

En esta insigne Universidad cursó cuatro años, y en ellos acabó de oír las Artes y comenzó la Teología; y al segundo año, que fué el de mil y seis-

cientos y treinta y seis, le llamó Dios nuestro Señor para nuestra religion, y él, como tan fiel siervo suyo, fué fidelísimo á su voz, y despreciando todas las esperanzas que tenia de valer en el siglo, pidió ser admitido en la Compañía.

No fué su pretension tan secreta, que no la conociesen sus compañeros y los amigos que tenia de su tierra, los cuales, en lugar de ayudarle y seguir su buen ejemplo, procuraron estorbarle; y para esto dieron aviso con toda presteza á su tío el Comisario, el cual envió luego al primo, que dijimos arriba, que habiendo acabado sus cursos, estaba pasando en Jarandilla sus estudios; para que por el modo que pudiese, como primo y como amigo, le disuadiese su intento y le trajese consigo.

Cuando el primo llegó, ya estaba recibido en la Compañía, y no obstante que le vió con la ropa y en hábito de religioso, le habló á solas, persuadiéndole que dejase la religion y se volviese con él, para consolar á sus padres que estaban de su entrada doloridos, y no ménos su tío, á quien debia su crianza desde que era niño, y queria poner en su cabeza el beneficio que tenia, y otras razones, nacidas de la carne y sangre, que como dice S. Pablo, siempre hacen guerra al espíritu.

El nuevo soldado de Cristo, que tenia sólo un día de su milicia, las oyó con quietud y con prudente sagacidad, dió de palabra al primo esperanzas de hacer lo que le decia, teniendo en su corazón el firme propósito que conservó siempre de seguir á Cristo en la religion, hasta dar la vida en su servicio.

Despidiéronse con esto, y el santo mártir dió cuenta á los Superiores de todo lo referido, los cuales le enviaron al noviciado de Villagarcía, y al Padre Juan Martinez de Ripalda, que á la sazón leía en aquel colegio Teología, á que hablase á su primo y le despidiese, afeándole la pretension de sacar al H. Juan del Campo de la religion, adonde Dios le había traído, y queria servirse de él y enriquecerle por este medio de grandes merecimientos: con que el primo se volvió á su tierra, y el Hermano quedó en su noviciado con sumo gusto y quietud, viéndose libre de los lazos del siglo.

Cuando le llamó Dios á la religion, estaba el bendito mártir en casa de un noble caballero, que le amaba como si fuera su hermano, así por su virtud como por su candidez y angélica condicion, con que robaba los corazones de todos. Y pudo tanto con su ejemplo y con las palabras que le dijo, dándole cuenta de su vocacion y de las razones que le movian á entrar en la Compañía, que le movió á él de manera que, renunciando sus rentas y su hacienda, y los valimientos del mundo, y las grandes esperanzas que tenia de valer en el siglo; abrazó la cruz de Cristo y se ofreció en sacrificio en el ara de la

Compañía, adonde vive hoy, reconocido al santo mártir por haber recibido con su buen ejemplo este incomparable beneficio de la mano del Altísimo, comenzando desde el primer día que entró en la religión á traer almas á Cristo, pronóstico verdadero de las muchas que habia de convertir y traer á su servicio.

En el noviciado procedió como un ángel: ninguno más fervoroso ni más humilde, obediente, puntual, caritativo, amado de Dios y de los hombres por su apacibilidad y santidad y por el grande ejemplo de virtud que daba con su santa vida.

Siempre traía el rostro sereno, con una alegría modesta y una modestia apacible, que mostraban la santidad de su alma y la inocencia de su vida, con que era amado de los Superiores más que si fuera su hermano: que no es menor el amor que nace del parentesco espiritual que del corporal en el mundo.

Pasó su noviciado con el fervor referido, sin descaecer un punto; y habiendo acaudalado muchos y grandes tesoros de virtudes, hizo los primeros votos de la Compañía, con intento siempre de pasar á las Indias á convertir los infieles y predicar la fe de Cristo hasta dar la vida por ella. Y estaba tan en esto que, sin recelo ni vanidad, sino con la candidez columbina de que Dios le dotó, decia muchas veces á sus connovicios que habia de pasar á las Indias y ser mártir de Cristo; y aunque entónces se tomó por risa, el efecto mostró que habia sido inspiracion del cielo.

Incorporado ya en la Compañía, y religioso de ella, le envió la obediencia á leer Gramática á nuestro colegio de Leon, adonde se ocupó un año en este ministerio tan útil de la Compañía, aprovechando á sus discípulos tanto en la virtud como en las letras, y edificando con el fervor de su vida á todos los de casa y de fuera.

Por este tiempo se halló tan remoto de lo que habia estudiado en el siglo, como sino hubiera cursado en las escuelas; y así se juzgó por conveniente que estudiase de nuevo, para que se enterase bien de la doctrina que la Compañía enseña, para lo cual le enviaron á Santiago de Galicia á oír el curso de la Filosofía.

Aquí continuó los fervores de su noviciado, estudiando tanto en el aprovechamiento de su alma como en el de las letras; que la virtud y la ciencia son dos hermanas muy conformes, que se dan las manos amigablemente, y se ayudan grandemente la una á la otra.

Entre otras virtudes, resplandecia mucho en la caridad con todos, y en particular con los enfermos y los huéspedes, sirviéndoles y agasajándolos con aquella solicitud y amor con que servía Abrahan á los ángeles que recibió

del cielo; que así miraba este ángel á todos sus Hermanos y á los seglares pobres, compadeciéndose de ellos. Tomó á su cargo repartirles la limosna que les daba todos los dias el colegio, y era admirable el cuidado y solicitud que ponía en procurarles la comida, y en aderezarla y sazónarla, y en llevársela y repartirla, con tal alegría y cariño como si la diera al mismo Cristo, á quien miraba en sus pobres.

Los dias de asueto, en que salen los estudiantes al campo á divertirse un poco, para volver con más aliento al estudio, su gusto y descanso era juntar todos los niños que podia y enseñarles las oraciones y hacer procesiones con ellos, cantando por el campo, dándoles algunos premios y doncellitos con que los traía contentos; y cuando llegaba con aquel ejército de angelitos adonde estaban sus condiscípulos entreteniéndose, decia: «Así se hace en las Indias con los indios, que son niños en la fe, y yo me impongo ahora para cuando esté entre ellos; que este deseo y voluntad traía continuamente en su pecho, muriendo con el deseo tantas veces por Cristo, cuantas se acordaba del martirio que habia de padecer por Él; y cumplióselo nuestro Señor con la brevedad que veremos:

Cuando acabó de oír las Artes, llegó á la provincia de Castilla el P. Procurador de la provincia de Filipinas, que es una de las más apostólicas misiones que tiene la Compañía.

Corrió la voz de la grande miés y falta de obreros que habia en aquellas islas: y, venciendo á todos en fervor nuestro glorioso mártir, no sólo se ofreció el primero á ir á predicar á los gentiles de aquella tierra, sino que hizo todas las instancias posibles con los Superiores, para que le concediesen aquella empresa; y aunque por el amor y estima que le tenían, sintieron apartarle de su provincia, condescendieron con sus ruegos y le señalaron para ir á Filipinas, con tanto gozo de su alma, cuanto era el deseo que tenia.

Aquí sucedió una cosa, que no es justo pasar en silencio, y fué, que otro condiscípulo suyo, de quien yo lo supe, teniendo la misma pretension de pasar á Filipinas, puso todos los medios posibles para lograr sus deseos, siendo sus intercesores los maestros y las personas graves de la provincia; y si salía con ella, era forzoso que se quedase nuestro Juan del Campo en España: ¡feliz tiempo en que tan alentadamente pretenden los religiosos desterrarse de sus patrias y exponer sus vidas al martirio, que por la gracia de Dios dura hasta el nuestro en la Compañía!

Estando, pues, el dicho en un acto de comunidad, puso los ojos fijamente en el P. Juan del Campo su competidor, y le vió á su parecer resplandeciente y coronado con el laurel del martirio, y juntamente sintió en lo íntimo de su corazon unas voces que le decian: «¿Por qué le quieres impedir su corona

al que yo tengo escogido?» Y fué tanto el temor que concibió con este aviso y voz del cielo, que desistió por entónces de su intento, por no impedir á nuestro mártir su dicha; pero no por eso perdió la suya, porque Dios le logró su intento por otro camino, y pasó á Filipinas, adonde ha trabajado veinte años en la conversion de los indios, y actualmente trabaja con gran fruto; conócese por este suceso, cuán de antemano tenia Dios predestinado á este siervo suyo para honrarle con la corona del martirio.

Habiendo conseguido su pretension, luego se despidió de todos los del colegio, con tan grande alegría, como si hubiera conseguido la mayor dignidad del mundo; y á la verdad no era pequeña la inestimable corona del martirio, que tan segura tenia. Todos lloraban cuando él se reia; y el que padecia, consolaba á los que no padecian, exhortándoles á que no le tuviesen lástima sino envidia, pues era más digno de esta que de aquella quien esperaba tan grande dicha.

Sus padres sintieron como padres la resolucion de su hijo, y con muchos ruegos y lágrimas recabaron de los Superiores que se le enviasen por algunos dias para verle y consolarse ántes de partirse. Fué por obediencia suya, y no fué menor la edificacion que recibieron de su santa vida, que el consuelo con su presencia y dulce conversacion.

Estaba su madre preñada, y pidióle el P. Juan por el amor que la tenia, que si pariese hijo le llamase Javier, y si hija, Ignacia; parió varon, y púsosele por nombre Javier, de quien podemos decir las palabras de S. Lucas, que le pusieron el nombre que le habia puesto el ángel de su hermano ántes de ser nacido: hoy vive y se ocupa en el estudio.

Pasó á Nueva España el año de 1642, y el tiempo que estuvo en Méjico estudió Teología, y se ordenó de Misa, con gran júbilo de su alma, siendo de veinte y dos años; envió á su madre la colonia con que le ligaron las manos, la cual conserva hoy como preciosa reliquia.

De Méjico pasó á Filipinas, y acabó de oír la Teología, en que salió tan aventajado estudiante, que pudo muy bien enseñarla, si continuara su estudio; pero su grande fervor y el ansia con que vivió siempre de propagar la fe de Cristo y predicar á los gentiles, no le permitieron detenerse un instante, viendo á los ojos tanto número de almas que se perdian por falta de doctrina.

Dando pasto á su deseo, le enviaron los Superiores á la isla de Mindanao, que es la mayor de aquel archipiélago, despues de la de Manila, y está á cargo de la Compañía. Tiene un colegio en ella y algunas residencias y muchas doctrinas en la provincia de los subanos, que son los indios más agresivos y feroces que hay en aquella tierra.

Son belicosos y carnales, dados á infinitos vicios; tiene ciento y cincuenta leguas su distrito, de montes y espesuras, que parecen inaccesibles; así es inmenso el trabajo que se pasa en convertirlos y en reducirlos á vida política y racional, porque comunmente habitan en los montes como fieras, haciendo vida más de brutos que de hombres, y muchos fabrican su habitacion en los árboles, como pájaros.

Este linaje de gente le entregó Dios á nuestro mártir; en esta tierra inculca le señaló su apostolado; aquí le labró la corona de su glorioso martirio, para que regándola con su sangre, se trocase en paraíso y diese frutos de gloria.

Entregáronle los superiores un pueblo, llamado Siocon, en lo fragoso de las tierras, adonde se habian recogido muchos indios apóstatas, gente tan feroz, que poco ántes habian martirizado cruelmente al P. Francisco Paliola, insigne misionero y apóstol de aquella tierra.

Su predicacion continuó nuestro mártir, y testificó el P. Alejandro Lopez, que despues padeció martirio, y era Superior de aquella isla, que fué de los más fervorosos obreros que hubo en ella, y con su predicacion hizo gloriosísimas conversiones de gentiles, bautizó á muchos, y reconcilió á los que habian apostatado de la fe, quitóles muchos vicios, reformando sus costumbres; obligábalos á venir á Misa y sermón y á la explicacion de la doctrina.

Un año estuvo en esta residencia, trabajando tan infatigablemente y con tanto fruto, que pudo decir con verdad el dia de su muerte lo que S. Gregorio Taumaturgo de su obispado: «Cuando vine, no hallé sino diez y siete cristianos, y ahora no dejo sino diez y siete gentiles; porque era tan ardiente su celo que, en sabiendo de cualquiera indio apóstata ó gentil, no paraba hasta reducirle y traerle al rebaño de Cristo, dando mil trazas para domar su natural fiereza.

Una de ellas fué sacar los niños de la tierra á las de los españoles, y criarlos con la leche de la doctrina cristiana, para que, domesticados y enseñados, fuesen dulce levadura que sazonasen á los demas.

El demonio resistia á estas trazas, persuadiéndoles que se los quitaban como por rehenes, para tenerlos más sujetos; y el Padre vencía estos ardidés, engalanándolos y regalándolos, á que son muy inclinados los indios. Tambien les persuadia el demonio, que el bautismo mataba el cuerpo, así que le aborrecian; deshizo luego este engaño con la experiencia de muchos, que antes mejoraron con el bautismo.

Edificó iglesias en todos los lugares de su distrito, y en uno que se llamaba la Laguna, casa, iglesia y huerta, con habitacion para muchos.

De la gente que redujo de los montes á vida política formó cuatro pobla-

ciones copiosas, con sus iglesias y oratorios, adonde les celebraba los oficios divinos; destruyó los adoratorios de los ídolos, los cuales hizo pedazos en presencia de los que los adoraban, mostrándoles á vista de ojos el engaño en que vivían, teniendo por dioses á los que en la verdad eran piedras y palos, sin virtud ni fuerzas para hacerles bien ni mal.

Quitóles la multitud de mujeres que tenían, las borracheras y bárbaras costumbres, obligándoles á las cristianas y políticas, todo lo cual llevaban pesadamente algunos soberbios y lascivos; y, como indómitos y cerriles, sacudieron de su cerviz el suave yugo de la ley santa de Cristo, y, apellidando libertad, se conjuraron para quitar la vida á quien les daba la vida.

El principal de la conjuración fué un indio feroz y valiente, llamado Jumutum: este vino disimulado con otros muchos al tiempo que el santo mártir había dado traza de mudar la iglesia de aquel pueblo de un mal cerro infestado de mosquitos, á otro sitio ameno á la ribera de un río; tenía consigo seis indios cristianos y soldados que le hacían escolta, los demás se ocupaban en mudar los materiales de la iglesia, el Padre en echar los cordeles y tomar las medidas para el templo.

Cuando el traidor los vió más descuidados, dió la seña á los conjurados, los cuales arremetieron al Padre, y le dieron una lanzada en el pecho; quiso retirarse, y en volviendo el rostro, le dieron otra en las espaldas, y cayendo en el suelo, le dieron otras muchas, y le arrojaron en el río, adonde no ha sido posible hallar su santo cuerpo: luego mataron á los seis soldados que le guardaban; y hecho esto, se huyeron al monte; pero no escaparon de la justicia de Dios y de los hombres, porque fueron buscados y presos veinte y dos, los más culpados, y el maldito Jumutum alanceado, y su cabeza con la de otro que hirió al Padre puestas en el mismo lugar adonde cometieron el delito, para escarmiento de los demás apóstatas gentiles.

Así fué coronado este ángel en la vida, muriendo por la fe de Cristo, como tantas veces lo había dicho.

Su martirio fué breve, y su gloria será eterna en el cielo, y su nombre celebrado por todos los siglos. Su glorioso tránsito fué á 27 de enero de 1650 años, teniendo treinta de edad y catorce de Compañía.

Escribieron su vida y martirio el P. Jerónimo de Ortega, Superior de la Compañía en Filipinas, y las cartas *Anuas* de aquella provincia, y el P. Francisco Combes, de la Compañía, en la *Historia manuscrita de Mindanao*, libro último, cap. 13, el cual remata la historia de su martirio con las palabras siguientes: «Pasó el P. Juan del Campo de Castilla la Vieja á esta provincia el año de mil y seiscientos y cuarenta y tres en nuestra barcada, siendo Procurador el P. Diego de Bobadilla, y en todo el viaje y tiempo que acá

gozamos de su dulce conversacion, descubrimos un natural angélico y una inocencia propia del feliz estado del paraíso, hombre muy ajeno de toda malicia, derramando bondad por todo su rostro, así por lo agraciado de su aspecto como por la modesta risa que siempre tenía, haciéndose á todos amable.»

«Jamás le vimos enojado, ni parece que en esta parte dejó su virtud que vencer, con que ni los primeros ímpetus padeció. Realzaba este natural el grave adorno de todas las virtudes religiosas, recatada pureza, sencilla obediencia, pobreza y mortificación cuidadosa, con todo el demás ornato de virtudes religiosas, que caen sobre tan buenos fundamentos.»

Hasta aquí el sobredicho autor, y mucho más se alargan los que le trataron familiarmente en su noviciado y estudios, en los cuales fué siempre un espejo de religion y un dechado de virtudes, con que mereció tan gloriosa muerte, que más merece nombre de vida; pues con ella comenzó la eterna que goza para siempre en el cielo.

P. ANDRADE.

P. MIGUEL PONCE

EL bienaventurado P. Miguel Ponce fué aragonés y natural de Peñaroya, del Arzobispado de Zaragoza, hijo de padres pobres de los bienes terrenos, pero muy ricos de los celestiales; pues por su virtud merecieron tener por hijo un mártir de Jesucristo.

Criaronle con su pobreza en virtud, y por verle tan bien inclinado, le enseñaron á leer y escribir, y le dieron estudio.

Pasó á la Universidad de Alcalá, adonde con suma pobreza estudió las Artes y dos cursos de Teología: deseó entrañablemente entrar en la Compañía, pero como era desconocido, y no tenía mucho nombre de estudiante, no pudo conseguirlo.

Andando con estos deseos en lo fervoroso de su pretension, llegó á Madrid el P. Procurador de la provincia de Filipinas, para llevar sujetos á ella, y hallándose algo falto por la cortedad de los tiempos, escribió al colegio de Alcalá, que le avisasen si había personas aptas que gustasen de ir á las In-